



Importancia de la familia en la construcción del bien común

“La prosecución del bien común constituye la razón misma de ser de los poderes públicos”

Manual de la Doctrina Social de la Iglesia Católica

Por JUAN CARLOS LÓPEZ SÁENZ

La Iglesia, Madre y Maestra nos habla del bien común como una aspiración querida por Dios para todos los hombres. Dios mismo nos creó para formar la sociedad humana, y constantemente nos insiste en la convivencia y la necesidad de una unión solidaria y profunda. Así, por ejemplo nos pide que nos comportemos como hermanos, que seamos “una sola cosa”, nos dice que “no hay amor más gran-

de que dar la vida por los amigos” (Jn 15,13) y; finalmente, que todos los mandamientos “se resumen en este: Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Ro 13, 9).

En los tiempos modernos la Iglesia nos sigue hablando en numerosos documentos del bien común y de la necesidad de nuestro trabajo y esfuerzos para contribuir a su alcance, entre ellos se encuentran *Pacem in terris* no.53, de Juan XXIII; el *Catecismo de la Iglesia*

Católica, No.1906 a 1909; la *Doctrina Social de la Iglesia Católica*; *Documento de Puebla* No. 317, por sólo citar algunos pasando por numerosos pronunciamientos de distintos pontífices.

De forma que tanto por el impulso de nuestra propia naturaleza como por la adhesión a la Palabra de Dios, los hombres vivimos integrados en sociedades en las cuales trabajamos de conjunto, no solo para la satisfacción de nues-

tras necesidades básicas sino también por el progreso material y el crecimiento espiritual; es decir, por alcanzar entre todos una vida mejor, una vida más plenamente humana.

Pero veamos el papel que desempeña la familia como célula básica de la sociedad en la consecución del bien común.

I. VUELTA A LA EXPERIENCIA ORIGINAL. Hablar de familia invariablemente nos evoca aquella experiencia original de cada uno de nosotros, de nuestros antepasados y de nuestros ancestros; nos remite a aquella experiencia básica de alimentarse, de la preparación de la comida que se percibe por los sentidos: las mezclas de los aromas de los ingredientes, (olfato); las combinaciones de los colores en el frutero, en la ensaladera (vista); la armonía de los sonidos al cortar (oído), mover y mezclar los ingredientes en la cacerola...; nos hace pensar en esa experiencia de satisfacción del hambre física y existencial, de ahí que en la raíz etimológica del término familia está la palabra *famen* (del latín vulgar, *hambre*).

La familia se reúne, desde tiempos ancestrales alrededor del hogar¹, del latín *focaris*, adj. *focus*, fuego, es decir, en torno al fuego, contenido en el fogón, en el anafre, en el brasero, en la estufa. Este hogar (fuego común²) congrega a los miembros de la familia para compartir el alimento; es el lugar común de encuentro de la familia por antonomasia: del padre que llega con el alimento, de la madre que se afana por preparar la comida, de los hijos que juegan mientras esperan que esté el alimento que sacia el hambre, que alimenta y nutre a todos sin distinción alguna: pequeños, adultos, ancianos.

Al entrar a casa —donde el calor del hogar nos provoca ese sentimiento de apego, de dependencia y de armonía que todos experimen-

tamos en el seno materno—, volvemos a sentir ese fervor, ese cuidado y seguridad que brinda mamá. En este espacio se evaporan todos los miedos y aparece la exaltación que se experimenta con la cercanía de los progenitores y de la sangre que corre por la venas de los hermanos; aquel terror cósmico es opacado por el calor materno del hogar.

La familia es el en que se vence el miedo originario³. Donde se aprende a vencer aquellos miedos que están registrados en la memoria genética del género humano; es en el cual se le enseña a los miembros de la familia a vaciar el saco de los miedos que lleva en su interior todo ser humano.

II. COSMOGÉNESIS Y ANTROPOGÉNESIS. Al tratar sobre la familia se impone la necesidad de hablar del ser humano. En un primer momento debemos mencionar algo de la cosmogénesis (origen del universo) y, en un segundo momento, del proceso de humanización. Pues hablar de familia es hablar de personas que conforman este grupo primario y fundamental, la célula de la sociedad, que es la familia.

El ser humano emerge en el universo, nos dirá la Sagrada Escritura, que es colocado dentro del cosmos (orden) original por Dios creador. Al referirse a este cosmos, vertido siempre hacia adelante, en constante expansión, los físicos nos dicen que “de la energía se pasó a la materia, de la materia se llegó a la vida, de la vida se llegó a la autoconciencia y de la autoconciencia se llegó a la percepción del Todo y del Misterio que sustenta y atraviesa todo el universo”.

Desde este momento el cosmos será la casa común de la familia humana. Es además el espacio ordenado por Dios para que el culmen de su creación, el ser humano, habite y conviva armónicamente y se viva ese pacto de pertenencia mutua entre la creatura y el creador.

Al lograrse un equilibrio y armonía entre todos aquellos elementos que conformaría el cosmos, emergió el ser humano, portador de autoconciencia y de la percepción de lo Trascendente, del Misterio, de Dios. Pero el ser humano tuvo que andar un largo y penoso camino para llegar a ser *homo sapiens sapiens*. Vemos así, que al igual que hay una cosmogénesis también hay una antropogénesis, la génesis del ser humano, y es donde la ciencia y la religión unen esfuerzos y generan sinergias para explicar el origen de la especie humana. Podemos decir que el ser humano es el término de un camino que comenzó hace más de 13 mil millones de años.

El ser humano⁴ irrumpe como *homo sapiens*, ya plenamente humano, hace 200 mil años; vive socialmente, ya tiene un lenguaje y organiza su subsistencia de forma cooperativa. Una manera muy primigenia de vivir socialmente es la familia, que con otras se han unido estrechamente como socios y han dado origen a la sociedad.

Hace 100 mil años, aparece finalmente el *homo sapiens sapiens* moderno, cuyo cerebro presenta tanta complejidad que lo hace ser portador de la autopercepción consciente y la inteligencia.

Surgido en África, ese ser humano comenzará su peregrinación por los continentes hasta ocupar todo el planeta y llegar al día de hoy. A partir del Neolítico, hace unos 10 000 años comienza a vivir socialmente de forma organizada. Construye pueblos, ciudades, estados, culturas y civilizaciones. Se pregunta por el sentido de su vida, de su muerte y del universo. Se descubre a sí mismo como un ser abierto a la totalidad y habitado por un deseo infinito. El Misterio se vuelve más y más sacramental, es decir, se anuncia más y más



en la conciencia humana.

Esta experiencia de Misterio la traduce el ser humano con mil nombres que nacen de su revelencia, de su éxtasis y de su amor. Se siente buceando en el Misterio que le da sentido de vida. Se abre al mundo que lo rodea, al otro, a las distintas sociedades, al Todo y a Dios. Su grito por plenitud es el eco de la voz del Misterio que lo llama a la comunión. Él puede encarnar al Dios Trino y el Dios Trino puede encarnarse en él. A lo largo del proceso de la antropogénesis se fueron dando las condiciones para esto.

III. LA FAMILIA, HOGAR DE LA HUMANIZACIÓN DEL HOMBRE. Aquello que en el apartado anterior llamábamos antropogénesis es conocido también como *hominización*. En otras palabras, nos referimos a un largo proceso de adaptación a través del cual el ser humano ha ido adquiriendo comportamientos somáticos y extrasomáticos que han generado nuestra característica principal: la inteligencia operativa, es decir, la inteligencia aplicada a la modificación del medio circundante.

Pero, según los estudiosos del desarrollo humano, no existe un momento definido en el que los homínidos⁵ hayamos atravesado la línea que separa la hominización⁶, que es biológica, de la humanización, que es cultural y comportamental. De hecho, la humanización no es un momento, ni siquiera un proceso lineal.

Así, pues, vamos descubriendo que a la par de este proceso de antropogénesis se va dando una humanización. Cada vez va perfeccionándose el hombre (varón y mujer) pues como hemos visto se va dejando poco a poco esa animalidad, ese ser primitivo para ser cada vez una especie superior en

el reino animal. Se va dando un proceso de humanización, de ser cada vez mejores seres humanos; este aprendizaje se adquiere en el grupo primario, la familia que, al mismo tiempo, es parte de un grupo humano más amplio, la comunidad: conjunto de familias que se asocian para alcanzar un fin común: sobrevivir como especie, como grupo.

Desde este fin común un factor importante a satisfacer será el hambre. Muchos estudiosos de la familia ponen como origen del concepto familia la palabra latina *fames* (hambre). Partiendo de este origen etimológico y con lo dicho anteriormente podemos decir que la familia busca satisfacer las necesidades biológicas fundamentales: comer, vestir, dormir. Pero también otras necesidades necesitan ser satisfechas en la familia, estas son las existenciales: necesidades afectivas, ternura, amor, cuidado, etc.

Al buscar satisfacer estas necesidades fundamentales (biológicas y psico-afectivas) se va dando la división de las funciones dentro de este grupo humano: hogar, recolectar frutos de la tierra, cuidado de los hijos; otros consiguen alimento, vestimenta, protección ante el peligro de invasión, de los depredadores. Pero es importante observar que lo que uno hace repercute en beneficio de los demás. Se busca un fin comunitario, pero al mismo tiempo se busca el bien para todos.

Se ve claramente porqué la familia es el núcleo fundamental de la sociedad de ese conjunto de familias en donde se hacen socios para seguir alcanzando los bienes necesarios para todos los integrantes. Más allá de la mera satisfacción de las necesidades básicas y fundamentales (que nadie pase hambre o carencia de lo básico para vivir dignamente como personas), se busca que todos vayan alcanzado esa identidad como seres

humanos, que su personalidad sea cada vez más autónoma aunque con cierta "dependencia" del otro, de la comunidad.

Este trabajo en común se ve expresado en que todos y cada uno de los miembros de la comunidad (sociedad, familias socias en la consecución de un fin y bien común) contribuyen para el bien ser (identidad, personalidad), para el bien estar (en armonía con la creación, con el otro y con los otros seres vivos) y el bien vivir (que se tenga lo necesario para vivir dignamente: material, espiritual, existencial). Buscan el bien para todos, no solo para unos cuantos, se procuran el bien ser-estar para todos los miembros de este grupo humano.

Pero quien vela y tutela que cada miembro alcance ese pleno desarrollo integral y esa realización como persona es la familia, como núcleo y célula fundamental de la sociedad. Esta capacidad de pensar para el grupo, la comunidad, debe retomarse, continuar... no acaparar y debe retornar ese cuidado esencial que se dio en el origen de la humanidad como especie sobre la tierra...

Pero es en la familia en donde se da la experiencia profunda del nosotros. Es en la familia donde se da ese paso trascendental del *yo* al *tú* y del *yo-tú* al *nosotros*. Ante el individualismo y ante antropologías cerradas, egoístas, que ven al hombre como un "yo solitario y autosuficiente", cerrado y aislado de los demás, crea una metafísica abierta a la alteridad. Aquí va a implicar el reconocimiento del "otro" como "Todo Otro", como un mundo aparte. Me descubro como Yo gracias al Tú. La persona sólo existe en relación con el mundo, con los otros y con Dios.

Sólo descubro al "Otro" cuando éste se me manifiesta, se me revela, se me da a conocer. Cuando me llama. Y esto se realiza de manera tal que el comienzo de la relación lo efectúa el "Otro", en su "Rostro",

en su desnudez tal y como es. Allí es donde descubro, ya sea su grandeza o su indigencia. El “Yo”, al descubrir el “Rostro” del “Otro”, se convierte en “Mismo”, es decir, en un “Yo” que ha iniciado un proceso de humanización, que se ha encontrado con el “Otro” y se siente responsable ante él. Entonces puede comenzar la relación.

La relación “Yo-Ello” es experiencia, saber, dominio. Funciona la dialéctica “señor-esclavo”. Se mueve en el plano técnico, utilitario. La relación “Yo-Tú” es encuentro directo, inmediato, cara a cara; es diálogo, comunión, reciprocidad. Excluye el disponer del otro, el tratar al otro como objeto. La relación “Yo-Tú” se produce en el encuentro. El encuentro es la matriz en la que el *yo* y el *tú* aparecen como tales.

Ser con los demás y ser para los demás. Así como no hay sujeto sin su mundo, tampoco hay un *yo* separado de los otros. Puesto que la existencia es constitutivamente apertura, los “otros yo” son, en cuanto tales, desde un principio, partícipes del mismo mundo en que yo vivo. Aquí se presentan dos riesgos.

Cuando el “Yo” (egoísta) se relaciona con el “Otro”, en su unión, al igual que los amantes, sale de su egoísmo y va a crear un “Tercero”, que sería su Hijo. En él se descubre el Mismo a sí mismo. La relación metafísica del “Yo” con el “Otro” se desliza hacia la forma del “Nosotros”. Este “Tercero” va a ser identificado con toda la humanidad. La justicia es la base de esta relación. Se despierta una actitud de Responsabilidad ante el “Otro”.

De esta manera, el “Mismo” va a buscar dar todo el bien posible al “Otro”, pues se descubre en el “Tercero”, detrás del “Rostro” del “Otro”. De esta manera trascenderá la “Totalidad” y buscará el bien de toda la humanidad (infinito), porque es parte de él mismo. Por tal motivo, buscará su bienestar.

IV. SIGNOS QUE ATENTAN CONTRA EL BIEN COMÚN. Desde los orígenes de la humanidad Dios “ha creado todo para todos” (Gén 1, 28-30). La creación está al servicio del bien estar, del bien ser y del bien hacer de todo hombre, como nos dice la *Populorum Progressio*. En esta armonía original es colocado el ser humano, quien debe con-vivir en comunión con toda la creación: seres humanos y la naturaleza. Además, debe ser el garante del orden intrahumano, en las relaciones de éste con la madre tierra –nos dice el libro del *Génesis* que de la tierra fuimos formados–, y con el resto de los seres de la creación. Sin embargo, este orden y equilibrio en el uso y distribución de los bienes a favor de la familia humana se rompe cuando el egoísmo, la violencia y la indiferencia (signos del pecado) se hacen presentes en la vida de la familia humana, de la sociedad y de la familia.

4.1. El **egoísmo**, dicho de forma sintética, es “actuar para mi propio beneficio olvidándome del otro”; al mismo tiempo solo me ocupo de “los míos”, despreocupándome de todos los que están a mi alrededor. Me lleva a un encerramiento en mí, en mi círculo de relaciones o en mi propia nación. En la actualidad este egoísmo se ve expresado claramente en el individualismo, el cual afecta a las relaciones interpersonales, pues las vuelve precarias, transitorias y frágiles. Va siendo cada vez más fuerte, enfermizo y mortal para las relaciones humanas interpersonales.

En la vida social, marcada por el egoísmo individualista y enfermizo, se ve al *otro* como extraño, fuera de mi círculo y lejos de los límites de mi mundo-espacio. Los otros, que se convierten en extraños irritan, desagradan, desconciertan porque tienden con su sola presencia a ensombrecer y eclipsar la nitidez de las líneas fronterizas que ordenan el mundo donde vivo y cuestionan de modo radical

la presunta comprensión recíproca que el *yo* tiene con el *tú*. Poco a poco vamos expulsando al otro, que es alguien ajeno a mí, de mi entorno, de mis relaciones hacia el exterior... va dejando de estar presente, su voz y su rostro se van perdiendo en la nebulosidad de mi mundo intimista.

Actualmente va surgiendo cada vez más fuerte y claro la capacidad destructora de este fenómeno del individualismo en distintos niveles⁷ que se desarrollan en la persona. Encontramos en nuestra sociedad a muchos niños, adolescentes, jóvenes y adultos incapaces de establecer y mantener relaciones personales (de amistad, de trabajo, de matrimonio, de familia, etc.) duraderas; pareciera que todo es efímero, caduco, finito y; lo que es peor, desechable.

Lo que mueve a entrar en interrelación con el otro está condicionado por un interés malsano, podríamos decir, poco ético de una o ambas partes. Lo que mueve a relacionarse con el otro no es por ser igual en dignidad que yo o porque existe empatía, más bien “me relaciono contigo porque puedo sacar provecho de ti”. Son relaciones sustentadas en la conveniencia egoísta: “te hago mi amigo, porque después te puedo necesitar”. Al otro lo considero como un objeto de provecho, como una cosa de la cual me puedo servir cuando quiera y después desechar. Vemos que es una clara cosificación de la persona; las relaciones ya no son netamente humanas sino convenencieras, utilitaristas. En pocas palabras, ya no se piensa en el otro; el rostro de mi prójimo aparece frente a mi mirada de manera borrosa y opaca.

En este tipo de relaciones interpersonales impera la ley de “úselo y tírelo”, lo desechable no solo afecta a las cosas materiales, sino a las relaciones humanas, a la mis-

ma persona: me es útil este producto lo uso; si no, lo desecho... las personas son consideradas como objetos útiles, si les puedo sacar algún provecho para mí me relaciono con ellas, habiéndolas exprimido hasta la última gota me deshago de ellas, rompo mi relación. Así, desde este individualismo egoísta se va dando una clara eliminación de la dimensión social del ser humano; en otras palabras, su referente comunitario social que le genera sentido de pertenencia y referencia lamentablemente va desapareciendo de su horizonte personal.

4.2. La **violencia**. La violencia es una expresión privilegiada de la agresividad encausada de manera negativa⁸. Konrad Lorenz en sus estudios de etología⁹, principalmente con peces, nos dirá que el ser humano es agresivo por naturaleza; sin embargo, la agresividad no es un factor que podamos considerar negativo ni positivo, es decir, no es sujeto de valoración ética o moral; la agresividad simplemente está en la estructura bio-psíquica del animal y del ser humano como fuerza vital, como instinto de sobrevivencia y de conservación de la especie ante la amenaza destructora. El animal que se encuentra ante el peligro o la amenaza, instintivamente reac-

ciona y busca destruir aquello que pone en peligro su vida y la de los suyos.

¿Por qué el hombre ataca a los de su misma especie? En muchas especies animales se cuida, protege y alimenta al congénere; en la especie humana, no. Vemos desde los orígenes de todo cuanto existe que la violencia está presente en la humanidad, así nos lo cuenta el libro del *Génesis* en el capítulo 4 versículos 1 al 9 mediante una historia demasiado familiar para nosotros: la violencia provocadora de muerte, forjadora de caos en las relaciones humanas y creadora de ruptura con Dios, dueño de la vida. La violencia es tan antigua como lo es el ser humano; pero,



a pesar de su antigüedad, la violencia es un signo de pecado muy actual y propio de nuestro tiempo. Así, la encontramos en nuestras relaciones interpersonales, en las instituciones sociales y en las relaciones entre distintos grupos étnicos, religiosos y políticos.

Podemos decir, expresado lo anterior, que la violencia es la fuerza¹⁰ que se ejerce sobre el hombre o sobre una colectividad con objeto de conseguir lo que la palabra, ni el derecho, ni la moral nos consentirían. La violencia apunta siempre, más o menos, hacia una libertad, y aún cuando llega a ser destructora, lo es más bien para someter que para aniquilar. De esta noción podemos clasificarla¹¹ en las siguientes categorías:

a) *Estructural*: cuando está insertada y actúa por estructuras sociales violentas; a ésta pertenece también la violencia represiva o coactiva, ejercida por las fuerzas del poder político.

b) *De resistencia o rebelión*: Cuando la violencia se organiza como oposición a situaciones (personales o estructurales) que se juzgan injustas y opresivas. Puede adoptar los procedimientos típicos, que a su vez se subdividen en diversas variantes: la “no-violencia activa” y la “resistencia armada”.

c) *Violencia bélica*: cuando se utiliza la violencia desde una pretendida legitimidad socio-jurídica. La forma típica de esta violencia es la guerra: violencia ejercida por un Estado frente a otro en el plano internacional.

d) *Violencia subversiva o terrorista*: cuando la violencia persigue el fin de la “desestabilización” o cuando acompaña acciones “antisociales”.

Podríamos decir que nuestro mundo está dentro de esa dinámica y espiral de violencia mortal y provocadora de caos global. Y esta espiral cada día se hace más larga y fuerte; poco a poco va envolviendo asfixiantemente en sus círculos

a millones de seres humanos: niños, adolescentes, jóvenes, adultos y ancianos; y que, desde su comportamiento mimético van integrando la violencia a su personalidad.

En el momento que el ser humano se torna violento, en cualquiera de sus formas, retorna a lo más instintivo, emergen sus pulsiones primarias de agresividad; retornando, así, a lo más animal de su ser. Da cauce a la agresividad en su forma más negativa, o sea, la violencia en el ser humano opaca su inteligencia por el instinto, por la pulsión. Para cerrar este acápite concluimos que esta violencia deshumaniza a la persona y al mismo tiempo lo “*animaliza*”: pues el instinto predomina sobre la razón; el hombre, en palabras de Tomas Hobbes, se convierte “en lobo del propio hombre”.

4.3. La *indiferencia* ante la presencia del otro conlleva una evasión de la responsabilidad ética, moral y social. No podemos responder a quien nos pregunte por el otro, pues en muchas ocasiones lo hemos desaparecido, lo ignoramos o nos es indiferente ante nuestra mirada. Se ha creado un ser irresponsable. Nos estamos olvidando del otro.

La indiferencia es un claro rasgo de esta época, ya no nos interesa o importa el otro. Estamos cayendo en una indiferencia terrible, nos pasa inadvertido el rostro del que camina a nuestro lado. Cuando Dios le pregunta a Caín por su hermano Abel, la respuesta dada nos deja con la sangre helada por la indiferencia atroz: “¿Acaso soy el guardián de mi hermano?”, en una acomodación a nuestro hablar popular mexicano diríamos: “no sé, me vale madre en dónde esté mi carnal”.

Junto a la indiferencia se encuentra el descuido del otro. En muchas ocasiones el animal, aunque sea por instinto, cuida de sus crías, de su manada, de los que son de su misma especie; en cambio,

nosotros cada vez caemos en un descuido terrible de todo y de todos los demás seres humanos. De

los mamíferos el ser humano es el más débil y frágil de la especie. En el momento de “ser arrojado en el mundo” necesita ser arropado por los demás; la experiencia primera de proximidad, anterior a toda inmediatez, es el mamar: Boca con pezón forman la proximidad que alimenta, calienta, protege. La misma boca que succiona no ha lanzado discurso, insulto o bendiciones; no ha mordido al que odia, ni ha besado a su amada o amado. Es la inmediatez anterior a toda lejanía, a toda cultura, a todo trabajo”¹².

Los efectos que trae consigo esta indiferencia y descuido es una clara alienación, una aterradora soledad, una incapacidad de amar al otro (papá, hermano, compañero, etc.), una gran infelicidad y una nula capacidad para establecer relaciones estables y duraderas. El aislamiento, propio de esta época posmoderna, de la persona en su relación con los otros, ha conformado a un ser humano hueraño, escurridizo y agazapado en escondrijo. Su dimensión espacial quedó reducida a un rimbombante “ciberespacio”.

Pero también esta indiferencia que rompe la armonía en las relaciones humanas y lesiona la paz social, afecta a la naturaleza. Constatamos el poco cuidado que tenemos de nuestra “casa común”, de nuestra “madre tierra”, de nuestro planeta. Tratemos de expresar este descuido ecológico con una imagen: Quién de nosotros entra a casa, al final de un día de arduo trabajo, y después de sentir ese cálido ambiente que solo experimenta en lo que llamamos hogar, de repente sin motivo fuerte alguno comienza a destruir todo lo que encuentra a su paso: empie-





za a golpear las paredes con un mazo, los aparatos eléctricos los azota contra el suelo y abriendo el refrigerador tira toda la comida al piso... Creo que muchos de ustedes pensaron: “solo un loco haría eso, con lo que cuesta adquirir y mantener una casa en buen estado y en un arranque de locura destruirla”; pues déjenme decirles que así actuamos, estamos destruyendo nuestro hogar, nuestra casa común.

Desde esta relación de descuido demencial, vamos creando desorden: caos. La armonía perfecta alcanzada desde el origen lo estamos rompiendo: estamos destruyendo el espacio creado por Dios para encontrarnos con Él. En otras palabras, desde este *ecocidio*, nos estamos convirtiendo en *matricidas*: estamos dando muerte a la “madre tierra”. Este caos ecológico matricida debemos detenerlo, pues si no pereceremos todos muriendo sobre el cadáver de nuestra madre común, la tierra¹³.

Dicha demencia es consecuencia de una regresión en el proceso evolutivo del ser humano. El ser humano alcanzó un grado máximo de desarrollo: llegamos a ser *homo sapiens sapiens*, y al ser doblemente inteligente podemos denominarlo “sabio”. De una manera muy gráfica podemos traer a la mente la imagen en donde la historia de la humanidad comienza en un primate hasta llegar al hombre, al *homo sapiens sapiens*. La evolución nos condujo a un desarrollo de nuestra inteligencia y a una adquisición de sabiduría que nos mantuvo en el culmen de la creación: la especie animal más y mejor desarrollada, llegando así a ser los dueños y señores de la creación¹⁴.

Sin embargo, desde hace ya varias décadas empezamos a caer en una involución, en un retroceso.

Todo aquello que alcanzamos se va perdiendo: ser “humanos”, para abrir paso a la irracionalidad, a la animalidad; en otras palabras, vamos dejando de ser *homo sapiens sapiens*, para ser *homo sapiens et demens* (inteligentes y locos). Pues ese desarrollo, inteligencia y avance científico que tanta satisfacción y seguridad provocó en el colectivo humano, ha sido utilizado en contra del mismo hombre. Con este avance científico se ha alcanzado el bienestar del mismo ser humano, pero se ha olvidado del bien-ser, es decir, de continuar siendo mejor ser humano, de facilitar el avance de la especie humana hacia “algo” cada vez mejor... Podemos decir a “ser mejor ser humano”.

La presencia de estos signos de pecado y su impacto en las relaciones humanas laceran la paz. Cuando el egoísmo domina el corazón de la persona no le interesa orillar a millones de prójimos a la miseria y a la muerte prematura por precarias condiciones de vida. Cuando la violencia adquiere carta de ciudadanía en una sociedad determinada, el respeto a la dignidad de la persona, a lo más sagrado que es la vida humana se va a la basura. El orden y el tejido social son pisoteados con la mano en la cintura por aquello de ejercer la fuerza sobre el más débil. Cuando la indiferencia se apodera de la persona, los demás no le importan: “si vive o muere no le interesa, no es su problema”.

A manera de síntesis de este apartado, se impone restablecer aquella armonía original, que permea la convivencia entre los seres humanos y el trabajo por el bien común. Este restablecimiento no es tarea fácil, es un arduo camino que hemos de recorrer y salir adelante. Emerge ahora nuestro compromiso por ser constructores de una sociedad cuyo rasgo distintivo sea la PAZ. Y, por último, debemos lograr que este retroceso del ser humano se detenga y entre

de nuevo en el proceso de humanización en el cual estuvo presente; y del que queremos siga formando parte durante muchos millones de años.

A manera de conclusión.

En la familia es en donde aprendemos a erradicar esos signos de pecado que atentan contra el bien común, es “el lugar primario de la humanización” de la persona y de la sociedad y cuna de la vida y del amor (CDSI 209) y es donde los miembros de la familia pueden desarrollar sus potencialidades, hacerse conscientes de su dignidad y prepararse a afrontar su destino único e irrepetible (DSI, 213).

El bien común lleva consigo una co-responsabilidad de la familia, de la sociedad y la humanidad como familia cósmica por el del otro. Recordemos que responsabilidad viene del verbo “responder por...”, ante aquel que nos pregunte-llame a rendir cuentas”. La persona que actúa desde su libertad debe saber responder, desde una argumentación sólida y convincente, de su actuar. Esto supone que antes de actuar ha discernido lo que conlleva realizar o no determinado acto. En las relaciones humanas podemos hablar también de responsabilidad, somos capaces de responder cuando se nos pregunta por la vida del otro, de mi prójimo. Por ello, para mí el otro no es un objeto, no me es indiferente, se me manifiesta en su rostro que me golpea la vista y me grita: ¡“aquí” estoy! Por tal razón la respuesta que Caín da a Iahveh: “Acaso soy yo, el guardián de mi hermano” (Gn 4,9), denota una aterradora y deshumanizada respuesta, no cabe en las relaciones humanas auténticas y mucho menos en la vida religiosa.

Y sólo así la familia, en su función educativa, contribuye al bien común y constituye la primera escuela de virtudes sociales, de la que todas las sociedades tienen

necesidad (CDSI 238). Y es el espacio propicio en donde se puede saciar el hambre biológica; pero, sobre todo, el hambre existencial, de sentido y de sentido de pertenencia y referencia al grupo primario, en donde se tuvo la experiencia original de “alimentarse”.

IMDOSOC
Conferencia ofrecida en el Congreso de Familias
Habana, Cuba.

Notas:

1: Del latín adj. *Focus*, fuego. El sitio donde se hace lumbre en la cocina.

2: El fuego tuvo un papel fundamental en el proceso de socialización del primate humano y, por tanto, debió convertirse en un elemento vertebral sobre el que se organizaron las diferentes relaciones sociales.

3: Al principio estaría la experiencia temerosa ante la magnificencia y desmesura de la naturaleza el ser humano habría experimentado una gran emoción turbadora y miedosa ante la suntuosidad del firmamento, la montaña, el mar o los ríos. Y ante sus catástrofes incontroladas. El terror cósmico pone de relieves la enorme debilidad humana ante la grandiosidad de la naturaleza, por una parte parece un ser asustadizo, frágil y quebradizo y por otro la enormidad del universo. El filósofo alemán H. Blumenberg se ha dado cuenta de este sentimiento de impotencia y terror que nace en el corazón humano ante la desmesura del cosmos, ante lo desconocido y prepotente, lo que denomina el absolutismo

de la realidad”. O. Splenger ya había hablado de la “angustia cósmica” ante la confrontación del hombre con el caos de impresiones primigenias.. José María Mardones, Matar a nuestros dioses. Un Dios para un creyente adulto. PC, Madrid 2006,18.

4: Hace 75 millones de años, al final del mesozoico, surgieron los antepasados remotos de los humanos, los simios. Eran pequeños mamíferos, no mayores que un ratón. Vivían en lo alto de los árboles gigantes, alimentándose de flores y brotes, amenazados siempre por los voraces dinosaurios.

Estos simios después de la desaparición de los dinosaurios hace 65 millones de años, pudieron evolucionar sin impedimento. Hace 35 millones de años los encontramos como **primates** en un tronco común, del cual salieron los **chimpancés** y otros grandes simios, por un lado, y por el otro, nosotros, seres en camino de humanización.

Hace 7 millones de años ocurrió una bifurcación decisiva: en un lado, quedaron los grandes primates, chimpancés y gorilas, y por el otro, los **australopithecus**, ya en el camino de humanización.

Hace 3-4 millones de años, en el Afar etíope, los australopithecus presentaban características humanoides. Hace 2.6 millones de años surgió el **homo habilis** que ya manejaba instrumentos (piedras pulidas y palos) como forma de intervención en la naturaleza. hace 1.5 millones de años, andaba ya sobre dos piernas: el **homo erectus**, capaz de elaboración mental. Al lado del cerebro reptil de hace 250 millones de años, aquel que regula nuestros movimientos instintivos, y el límbico formado hace 150 millones de años con los hemisferios que responde por nuestro universo interior de sentimientos, cuidados, deseos y sueños aparece ahora el cerebro neocortical que hace posible nuestra racionalidad y conexiones mentales

5: Relativo a un suborden de mamíferos primates, en el que se incluye al hombre y las especies fósiles que su relación con él.

6: Proceso evolutivo a través del cual una raza de primates dio lugar a la especie humana.

7: Estos son el psicológico, político, económico, espiritual y ecológico.

8: Marciano Vidal, Moral de Actitudes, Moral Social, Perpetuo Socorro, Madrid 1995, 850.

9: Para profundizar sobre el tema consultarse la obra: la agresividad, el pretendido mal, de Konrad Lorenz.

10: Proviene del latín *violentia*, cuyo elemento definidor es la fuerza”. Así el uso que se hace de este concepto hace referencia a situaciones de fuerza –sobre todo de procedencia exterior a la persona que la padece- que se opone a la espontaneidad, a la naturalidad, a la responsabilidad. Y así se califica de violento a aquel fenómeno opuesto al movimiento espontáneo o libre del un ser.

11: Esta clasificación es dada por Marciano Vidal, Moral de Actitudes III, Moral Social, 854.

12: Enrique Dussel, Filosofía de la liberación, FCE, México, DF, 2011,46

13: Para este tema de la ecología puede consultarse el libro de Leonardo Boff, Grito de la tierra, grito de los pobres, editado por Dabar.

14: Para llegar a ser homo sapiens el ser humano “tuvo que recorrer un largo camino. Así como hay una cosmogénesis, hay también una antropogénesis, la génesis del ser humano, hombre y mujer, a lo largo del proceso evolutivo del universo, de nuestra galaxia, la Vía Láctea, y de la tierra. El ser humano es el término de un camino que comenzó hace más de 13 mil millones de años”. Cfr. Leonardo Boff, Cristianismo. El mínimo del mínimo. Dabar, México DF., 2012, 33.

